

*“Nunca se me dio bien hacerme la dura con él. Y digo con él y no contigo porque siempre fue más fácil hablar de ti desde la distancia que te da otro pronombre, aunque bien podría haber empezado toda esta locura de páginas emborronadas dirigiéndome a ti, que al fin y al cabo has sido siempre esa constante inconstante que ha gobernado mi vida.”*

Mordió el boli pensativa y miró el cuaderno, la mala caligrafía de quien escribe insegura, el pulso nervioso, la letra infantil y redonda. Sobre su cama, aquella nota en la que el psicólogo del centro había garabateado una cita de Henry Miller: “La única manera de olvidar a una persona es convertirla en literatura”. Tomó aire satisfecha y siguió escribiendo, dejando que con cada palabra se alejara un pedacito de él...

*“Y así fue también aquella noche, cuando volví después de la primera de mis muchas demasiadas desintoxicaciones en el primero de nuestros muchos demasiados veranos. Nuestra despedida había sido un verdadero fracaso, el inminente final para un mes de julio repleto de escondidas, humillaciones y desplantes que me habían convertido de la amante sumisa a la pobre despechada que huye para olvidar y que jura no regresar hasta estar plenamente convencida de tener la fuerza suficiente para mantener el vuelo, por mucho que soplara el huracán de sus pestañas. Y es verdad que siempre me empeñaba en desempolvar la capa de superheroína y volvía a jurarme que aquella sería la última, pero luego volvía y todo se tornaba difícil, casi imposible, cuando hasta alguno de mis sentidos llegaba un mísero resquicio de su presencia y su olor me devolvía a todos aquellos momentos en los que lo había buscado entre su pelo.*

*Aquel día las puertas del bar se habían abierto, como lo hizo el mismísimo abismo bajo mis pies cuando lo vi entrar sonriendo, prepotente y altanero, llevando de su mano a otra que efectivamente no era yo. Huí, tratando de salir de allí tan entera como me permitieron el alcohol, Álvaro y mis tacones. La rabia contenida aplastaba mis dedos contra el vaso de plástico mientras ahogaba un grito absurdo de palabras absurdas en el fondo de mi garganta. Porque lo nuestro jamás fue cosa de amor, y a pesar de todo me atrevería a jurar que nunca le quise de una manera adulta y consciente, pero aquellos años en*

los que había vivido aletargada en su inconstancia se habían convertido en mi TODO, una costumbre, una emoción, un deseo tan total y absoluto que no lograba imaginar mi vida sin aquellos besos que acababan en mordida, sin aquellas manos que acababan en ciclón. Apenas una hora después mi teléfono volvía a sonar... Lo miré confusa, mientras me cercioraba de que era su nombre el que brillaba en la pantalla y una terrible sensación contradictoria amenazaba con derrumbar toda esa estabilidad que nunca tuve. Ni siquiera hablé al descolgar, tampoco hizo falta, su tono autoritario y sus palabras tajantes no dieron lugar a una réplica de la que tampoco me sentí capaz. "A las cinco en el banco" fue suficiente para que aceptara con resignación que da igual el tiempo que pase, o las veces que pienses que te has curado, porque una ínfima llama será suficiente para reavivar aquel fuego infinito que arrasó tu vida, que vuelve a arrasarla, que en realidad nunca dejó de hacerlo. Así que no hablé al descolgar, tampoco hizo falta, me calcé de nuevo los tacones desde donde una vez me creí invencible y caminé en silencio hasta el banco del parque, mientras una sonrisa de absurda satisfacción desdibujaba en mi rostro la poca, poquísima, insignificante dignidad que me quedaba. Crucé el camino sin apenas pestañear, mientras las hojas crujían bajo mis pies con un sonido tan dulcemente familiar que conseguía que ni tan siquiera en la más absoluta oscuridad aquel laberinto resultara siniestro. Demasiados recuerdos revoloteando a mi alrededor, recorriendo los mismos senderos y escabulléndose para regresar entre las hojas de unos árboles silenciosos que bien podrían si no lo fueran testificar en mi contra, quizá en la suya, en esta historia interminable de innumerables encuentros a escondidas. Porque había noches, noches diferentes, en las que sin previo aviso todo se había tornado irreal, e inesperadamente nadie había perdido la ropa, ninguno bebía de la sed del otro, y nos limitábamos a abrazarnos hasta quedarnos dormidos, a paliar la intensidad de la noche con un silencio tranquilizador que nos hacía creer por un instante que era ese y no otro el lugar donde debíamos estar. Y eran aquellas noches de dulce complicidad las que ahora me revolvían por dentro mezcladas con el ron, porque lo nuestro jamás fue cosa de amor, ni era de amor de lo que jamás hablamos, pero había sido en momentos como aquellos, hundida mi cara entre su cuello, cuando inevitablemente hubiera apostado por un imposible "algo más".

*Las puertas del otro lado del parque chirriaron con nostalgia y el sonido de sus pasos me trajo de vuelta a un mundo real donde no tenían cabida mis absurdos imposibles. "Nosotros juntos, ¡qué disparate!", bajé la cabeza y me miré los pies. De nuevo en la montaña rusa, y creyéndome subir, me agarré con fuerza al banco aguantándome las ganas de aplaudir victoriosa. Cada vez más cerca, su silueta borrosa me dejaba entrever aquella sonrisa condescendiente que sólo afectaba a una esquina de su boca, lo justo para conseguir desarmarme de una manera total y absoluta. No opuse resistencia, esta vez no, plenamente consciente de que aquella noche ni todas las capas de superheroína del mundo conseguirían mantenerme en pie en el precipicio de sus pestañas.*

*-¿Y Aroa?- no quería hacerme pequeña con aquella pregunta inevitable, y menos aún demostrarle que así era, así que volví a bajar la mirada y busqué en mis bolsillos algo en lo que ocupar mis manos. También él miró al suelo, perdiendo parte de ese aplomo que siempre fingía tener.*

*-Te lo tenía que haber dicho, perdona... Ni siquiera sabía que vendrías hoy...*

*-No tienes por qué darme explicaciones, Álvaro, es lo que has dicho siempre, no?- Y, a pesar de lo tajante de mis palabras, mi voz temblaba como si fuera a quebrarse...*

*Siguió pateando las piedrecitas del suelo, como si el tenue golpeteo fuera suficiente para acabar con aquel incómodo silencio que ahora inundaba el parque, tan denso y pesado como si una niebla de palabras atragantadas se abalanzara sobre nosotros. Se sentó a mi lado y sacudió la cabeza, mientras retiraba uno de los rizos de mi frente y volvía a recuperar aquella expresión chulesca que le situaba siempre por encima de mí. Porque a veces ni el tacón más alto del mundo podía salvarme de mi pequeñez...*

*"Siempre acabas por volverme loco" fue todo lo que dijo, y yo le miré confusa, casi enfadada, sin poder entender lo que llevaban escondidas sus palabras, y sin embargo no opuse la menor resistencia cuando cogió mi mano y la puso en su entrepierna, haciéndome partícipe de una de aquellas terribles erecciones que me catapultaban de arriba abajo, de abajo arriba, obligándome a firmar una más que obvia rendición que le otorgaba el pleno poder sobre todos mis sentidos, hasta tal punto de hacerme olvidar cualquier muestra de raciocinio y aquel absurdo complejo que me había llevado a no consentir*

*que nadie más me viera desnuda. Porque la imagen de mí misma que me devolvían sus ojos era diferente, casi especial, como aquella de los espejos del circo que deforman la realidad para resaltarla a su antojo, que te estiran, te encogen o te difuminan para convertirme en alguien distinto, que puede gustarte más o gustarte menos pero que siempre será distinto. Y a mí me encantaba, me volvía loca del todo, porque aquellos ojos no necesitaban ser cóncavos ni convexos para transformarme, bastaba con que me miraran con un deseo tan profundo e indecente que incendiaba mi cuerpo y lo convertía en otro, tan poderosamente femenino que hacía que yo me dejara llevar y le permitiera coserme y descoserme a su antojo... Porque si había un arma más poderosa que sus pestañas era sin duda la del tacto de su piel desnuda, una desnudez casi marmórea que se convirtió en el veneno más terriblemente adictivo que jamás probé.*

*Agarrándome del pelo volvió a besarme con urgencia, a morder mis labios y beber de ellos como si no quedara nada más, mientras mi mano libre se aferraba a su espalda para no dejarle escapar. No pares, no te vayas nunca, era lo único que quería gritar, pero mi voz volvía a atragantarse en cada beso, en cada mirada voraz, y me dejaba llevar en silencio, en todo el silencio que me permitían los gemidos que me arrancaban sus manos, y nuestros cuerpos se inflamaban, se hacían cenizas y volvían a renacer. Y entonces, cuando aquel huracán insaciable volvía a girar sobre nosotros, cuando todo volvía a reducirse al espacio contenido entre sus labios y los míos, cuando subía alto, muy alto, sin importarme el vacío, Álvaro frenó en seco y se apartó de mi lado, atusándose el pelo y bajando la mirada.*

*-Aroa me gusta, ¿sabes? Y esta vez quiero hacer bien las cosas. Esto... yo sé que te veo y no puedo evitarlo, pero no puede ser y tienes que asumirlo. Ahora las cosas son diferentes.*

*Diferentes, claro... Me agarró del brazo y me puso de pie, mientras yo trataba de despertar de aquella absurda ensoñación en la que habían vuelto a sumirme sus besos ciclónicos y clamaba al equilibrio después de la sacudida más brutal. Porque sólo él era capaz de llevarme a lo más alto y en el mismo vuelo dejarme caer contra el suelo... Me abrazó sin ganas y besó mis labios de manera fugaz, antes de darse la vuelta y recorrer en silencio su mitad del parque sin echar ni una sola vez la vista atrás.*

*Mi montaña rusa volvía a caer en picado, sin posibilidad de freno ni cinturón de seguridad, y yo estaba tan cansada que ni siquiera podía gritar.*

*No le llamé, no dije nada, salí del parque arrastrando los pies y tampoco yo le miré marchar.*

*Amanecía lentamente y recordé sin querer todas las noches en las que vino a ganarnos el sol.*

*-Nosotros juntos, ¡qué disparate!- me sequé las lágrimas y lancé los malditos tacones."*

La puerta de su habitación se abrió y la enfermera del turno de noche se coló en su interior con una sonrisa tan dulce como aquellas caricias con las que amansaba su pelo revuelto.

-¿Haciendo los deberes, Victoria? Si continúas así pronto podrán bajarte a planta.

Cerró el cuaderno y le sonrió con tristeza, conteniendo entre sus labios aquel sabor agridulce que dejaban los recuerdos. Hacía tiempo que había guardado su capa de heroína pero esta vez lo daría todo por poder mantener el vuelo. Porque un día creyó asumir que hay adicciones que siempre serán eternas, pero había llegado el momento de ponerle punto final a sus eternos puntos suspensivos...

~ Chihiro ~